

J. G. FRAZER

El folkllore en el Antiguo Testamento



ARCA

NOE



Sir JAMES GEORGE FRAZER

EL FOLKLORE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MÉXICO - MADRID - BUENOS AIRES

XXVII. LAS CAMPANILLAS DE ORO

En el Código Sacerdotal se ordena lo siguiente: «También harás el manto del efod todo de púrpura violácea. En la orla inferior del manto pondrás granadas de púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí, todo alrededor; y alternando con ellas campanillas de oro. Aarón (es decir, los sacerdotes) lo llevará al oficiar para que se oiga el tintineo cuando entre él en el santuario ante Yahvé y cuando salga, y así no muera» *.

¿Qué motivos habría para que el sacerdote, vestido con su ropaje violeta, la orla inferior del manto con sus granadas de púrpura violeta moviéndose al compás de sus pasos, temiese morir si no se escuchaba el tintineo de las campanillas de oro tanto al entrar en el santuario como al abandonarlo? La respuesta más plausible parece ser la de que con el tintinear de las campanillas sagradas se pretendía ahuyentar los espíritus malignos y envidiosos que, según se suponía, acechaban a la entrada del santuario prestos a lanzarse sobre el tan ricamente aparejado ministro y a llevárselo con ellos tan pronto como cruzaba el umbral para desempeñar su sagrado ministerio. Al menos, esa opinión, que ha encontrado apoyo por parte de numerosos eruditos modernos, se halla muy favorecida por el principio de analogía; pues ha sido creencia común, desde los días de la más remota antigüedad hasta los actuales, que el sonido del metal tiene la capacidad para provocar la huida de demonios y espíritus, ya se trate del tintineo musical de unas campanillas, del son grave y profundo de una gran campana, de la estridencia de unos címbalos, del retumbar lento y pausado de un gong, o del simple retiñir de platos de bronce o hierro a los que se hace entrechocar o que son golpeados con mazos o palillos. De ahí que en el curso de las ceremonias de exorcismo ha sido práctica común que el celebrante hiciese sonar una campanilla que tenía en las manos o que llevase sujeto a cualquier pieza de sus vestiduras un manojo de campanillas que sonaban con cada uno de los movimientos que hacía. Algunos

* Exodo, XXVIII, 31-35. La palabra hebrea כֶּתֶם, que en la versión inglesa de la Biblia es traducida regularmente por «azul», significa algo así como púrpura azulada, para distinguirla de otra palabra (אַרְבָּנָה) que significa púrpura rojiza, parecida al color carmesí, mientras que la primera tiende más al violeta.

ejemplos mostrarán la gran antigüedad y difusión de tales creencias y costumbres.

Según Luciano, los espectros huían al son del bronce y del hierro; y el mismo autor contrasta la repulsión que el entrechocar de esos metales producía sobre los espíritus con la atracción que el tintineo de las monedas de plata ejercía sobre las mujeres de una clase determinada. En Roma, cuando los espíritus de los muertos visitaban el antiguo hogar, como tenían por costumbre hacerlo todos los años en el mes de mayo, el dueño de la casa les ofrecía un refrigerio frugal de judías negras y luego solía mostrarles la puerta e invitarlos a abandonar la casa diciéndoles: «Espíritus de mis antepasados, ¡marchaos!», al tiempo que reforzaba su petición u orden con el sonar del bronce. Y al desaparecer el paganismo no expiraron con él todas esas nociones relativas a la repugnancia que sienten los espíritus por el tintineo del metal. Siguieron existiendo con toda su fuerza bajo el cristianismo, durante la Edad Media, e incluso mucho tiempo después. El erudito comentarista cristiano John Tzetzes nos asegura que el tañido del bronce era tan eficaz para ahuyentar las apariciones como los ladridos de un perro, afirmación que pocos hombres razonables se sentirían inclinados a discutir.

Pero en los tiempos cristianos el sonido considerado como más aborrecible que ningún otro al oído de espíritus malévolos y trasgos ha sido el dulce y solemne tañido de las campanas de la iglesia. En el primer Concilio Provincial de la ciudad de Colonia se dijo que, en opinión de los frailes, el sonido de las campanas que llamaban a los fieles a oración aterrorizaba a los demonios y les obligaba a huir, y que apaciguaba también al espíritu de las tormentas y las potencias del viento. Sin embargo, los propios miembros del Concilio se inclinaron, a lo que parece, a atribuir tan feliz resultado más bien a las fervientes plegarias de los fieles que al retumbo musical de las campanas. También en el libro de oraciones conocido con el nombre de *Pontifical Romano* se reconoce la virtud de una campana de iglesia, dondequiera que se oiga su tañido, para ahuyentar los poderes del mal, los amenazadores y ruidosos espíritus de los muertos y los espíritus de las tormentas. Un gran canonista del siglo XIII, Durando, en su antiguamente famoso y popular tratado acerca de los oficios divinos, nos dice que «en las procesiones se tocan campanillas para asustar a los demonios y hacerlos huir. Pues cuando esos espíritus escuchan las trompetas de la Iglesia militante, es decir, las campanillas de la procesión, sienten miedo, de la misma manera que un tirano cualquiera se atemoriza si oyé sonar en su territorio las trompetas de un rey poderoso enemigo suyo. Y ésa es también la razón de que cuando se observa que se está fraguando una tormenta las iglesias hagan sonar las campanas, a fin de que los demonios, al

escuchar las trompetas del rey eterno, es decir, las campanas, se sientan aterrorizados y huyan y se abstengan de atizar la tormenta». A ese respecto, el estudioso inglés de la antigüedad, capitán Francis Grose, amigo del poeta Burns, escribió lo siguiente: «Antiguamente se tocaba la campana de los muertos por dos razones: la primera, para pedir las oraciones de los buenos cristianos en favor de un alma a punto de abandonar este mundo; y la segunda, para ahuyentar a los espíritus malignos que se hallaban agazapados al pie del lecho del moribundo y en los rincones de la casa prestos a lanzarse sobre su presa o, en todo caso, a molestar y aterrorizar al alma en el momento de su tránsito. Pero el tañer de aquella campana (pues Durando nos asegura que los espíritus infernales sienten mucho temor del son de las campanas) les mantenía a distancia; y el alma, como si se tratase de una liebre perseguida por los perros, tomaba la delantera, o tomaba ventaja de lo que los deportistas llaman fuero. De ahí, quizá, derivaba el hecho de que, dejando a un lado el exceso de esfuerzo que exigía, se cobrase precio elevado por hacer sonar la campana mayor de la iglesia; pues al ser su sonido más potente los espíritus tenían que alejarse a mayor distancia para dejar de oírla, y la infeliz alma podía cogerles mayor delantera; por otro lado, dado que se la oía a mayor distancia, tenía ocasión de solicitar en beneficio del moribundo las plegarias de mayor número de personas. También, W. de Worde menciona en *La Leyenda Dorada* esa repugnancia de los espíritus por las campanas. 'Se ha dicho que los espíritus malos que moran en la región del aire vacilan mucho cuando oyen tocar las campanas, y ésa es la razón de que se hagan sonar las campanas cuando amenaza el trueno y cuando tienen lugar grandes tempestades y desórdenes atmosféricos, a fin de que los espíritus malignos y demás canalla tomen temor y huyan y cese la violencia de la tempestad.'»

En su versión poética de *La Leyenda Dorada*, Longfellow ha introducido con gran acierto esa pintoresca superstición. En el prólogo nos muestra la aguja de la catedral de Estrasburgo en medio de la noche y de la tormenta, y a Lucifer y las potencias del aire volando a su alrededor y tratando de echar abajo la cruz y de acallar el importuno clamor de las campanas:

«LUCIFER. ¡Más bajo! ¡Más bajo!

¡Descended aún más!

Asid las vociferantes campanas.

Y su clamor, su retumbo,

contra el pavimento apagad,

desde el arrogante campanario.

VOCES. Todo tu furor
 es aquí ineficaz.
 Pues las campanas han sido consagradas,
 y con agua bendita rociadas,
 y desafían todos los extremos de tu ira».

Y por encima del fragor de la tormenta y del furor de las legiones infernales se escucha la voz solemne de las campanas:

*«Defuctos ploro!
 Pestem fugo!
 Festa decoro!»*

Y de nuevo

*«Funera plango
 Fulgura frango,
 Sabbata pango.»*

hasta que los derrotados demonios se ven obligados a huir en medio de las tinieblas, dejando atrás la catedral incólume, en la que en medio de la oscuridad se ve al arcángel san Miguel, con la espada desenvainada, fulgurante en oro y carmesí sobre los vidrios de las emplomadas ventanas, mientras ellos se pierden en la distancia y los persiguen en su huida los sonos retumbantes del órgano y las voces del coro que cantan,

*«Nocte surgentes
 Vigilemus omnes!»*

De las dos razones que Grose asigna al toque de difuntos podemos dar por supuesto que la primera y original era la intención de ahuyentar los espíritus malignos y que el propósito de rogar las oraciones de los fieles cristianos por el alma del moribundo era secundario y derivado. En cualquier caso, parece que originalmente se comenzaba a tocar la campana cuando la persona no había muerto aún, pero se observaban señales de que no tardaría en hacerlo. Es cosa que se deduce de no pocos pasajes que los estudiosos de la antigüedad han conseguido entresacar con laboriosidad de los escritos de autores antiguos. Así, en su *Anatomie of Abuses* (Anatomía del ultraje), Stubbes nos relata el final terrible de un individuo muy dado a jurar y a soltar palabrotas del condado de Lincoln: «Por último, viendo la gente que se acercaba el fin, hicieron que sonara la campana, y el enfermo, al oírla que tocaba por él, se enderezó y se sentó vehementemente en el lecho, mientras decía: ‘¡Sangre de Cristo! ¡No me conseguirá agarrar todavía!’, con lo cual comenzó a

brotarle sangre por los dedos de los pies, por los dedos de las manos, por las muñecas de los brazos, por la nariz y la boca, por las articulaciones de sus miembros, sin cesar hasta que ya no le quedó en el interior del cuerpo una sola gota. Y de esa manera acabó la vida mortal de aquel violento blasfemo». También, cuando lady Catherine Grey se moría cautiva en la Torre de Londres, el alcaide de la fortaleza viendo que la prisionera se le escapaba de las manos sin que él pudiese hacer nada por evitarlo y sin permiso del rey, se dirigió al señor Bokeham y le dijo: «¿No sería mejor avisar en la iglesia para que den el toque de difuntos?» A lo que ella, percibiendo que su fin se aproximaba, elevó los ojos al cielo y dijo: «¡Señor!, en tus manos encomiendo mi espíritu; buen Jesús, recibe mi alma». De modo que para aquella mujer, lo mismo que para muchos otros, el sonido de la campana de difuntos era el *nunc dimittis*. Otro ejemplo: un escritor de la primera mitad del siglo XVIII, refiriéndose al cristiano moribundo que ha conseguido dominar sus pasiones, dice que «si tarda tanto en perder el uso de los sentidos será capaz de escuchar incluso el toque de difuntos por él sin sentirse acongojado».

La forma aparentemente primitiva en que la antigua costumbre ha venido siendo transmitida aquí y allá hasta nuestros días, sugiere con fuerza que el propósito verdadero del toque de difuntos era ahuyentar a los espíritus malignos que se cernían invisibles en el aire sobre el moribundo, antes que notificar a las personas lejanas el próximo fallecimiento y pedirles una oración por el alma a punto de abandonar su envoltura mortal. Así, en algunas partes de las montañas Eifel, región de la Prusia renana, cuando un enfermo se hallaba a punto de morir sus amigos solían hacer sonar una campanilla de mano, llamada campana de Benedictus, «con el fin de mantener a los espíritus malignos apartados del moribundo». Igualmente, en Neusohl, lugar del norte de Hungría, parece haber existido la costumbre de hacer sonar suavemente una campanilla cuando una persona se hallaba moribunda, «para que el alma que estaba a punto de abandonar el cuerpo, llevada por la muerte, pudiera permanecer todavía algunos momentos más en la tierra junto al cada vez más rígido cadáver». Una vez muerta la persona en cuestión se hacía sonar la campanilla un poquito más lejos, luego aún más lejos, cada vez a mayor distancia del cuerpo de la persona fallecida, hasta que se la hacía sonar al otro lado de la puerta de la casa, y una vez más en torno a toda la vivienda, «para acompañar al alma en los primeros momentos de su viaje sin retorno». A continuación se enviaba recado al sacristán de la parroquia para decirle que ya podía empezar a tocar el toque de difuntos en la campana de la iglesia. También se dice que existía una costumbre semejante en los montes de Böhmerwald, que separan Bohemia de

Baviera. El motivo que se le atribuye, a saber, el deseo de retener por unos instantes el alma que se va mediante el dulce son de las campanas, resulta demasiado sentimental para ser primitivo; sin duda, el verdadero motivo original era, igual que en el caso de la costumbre parecida de las montañas Eifel, mantener alejados a los demonios, que podrían apoderarse de la indefensa alma en el momento de su partida. Sólo después de que la pequeña campanilla haya llevado a cabo esa amable misión y haya acompañado con su dulce tintineo al alma que se separa del cuerpo puede comenzar a tocar la campana grande en el campanario para que sus sonos graves y profundos puedan seguir como ángeles guardianes al espíritu fugitivo que se encamina a la morada lejana de los muertos.

En un pasaje famoso de su *Purgatorio*, el Dante logra, con gran belleza, aplicar el concepto del toque de difuntos al sonido de la campana de vísperas, que los marinos distantes en el mar oyen de atardecida como si la campana tocase por la muerte del día o por el ocaso del sol, cuando el astro desaparece por algunas horas detrás del horizonte carmesí. Casi igualmente famosa es la versión de ese mismo pasaje debida a Byron:

«¡Hora amable!, que despierta anhelos y ablanda el ánimo de aquellos que surcan los mares, el primer día, cuando se han arrancado de los brazos de sus amigos; o inunda de melancolía el alma del peregrino cuando el lejano toque de vísperas le hace estremecer, semejante a quien llora la decadencia del día moribundo».

Y con no menor belleza ha aplicado nuestro gran poeta Gray el mismo pensamiento al toque de queda que suena al anochecer entre los majestuosos tejos y olmos del atrio de una iglesia rural:

«Doblan las campanas del toque de queda
y anuncian la partida del día que se va».

Es verdad que hay algo solemne y conmovedor en el sonido de las campanas de una iglesia oído en esos momentos y lugares; para decirlo con palabras de Froude, despierta en la memoria el eco de un mundo ido. El poeta americano Bret Harte expresó bien esos sentimientos cuando escuchó, o más bien imaginó que escuchaba, las campanas que llamaban al Angelus en la hacía tiempo abandonada iglesia de la misión de Dolores, en California:

«Campanas del Pasado,
cuya música ha mucho olvidada
hincha aún el vasto espacio,
y tiñe el austero crepúsculo del Presente
de encanto legendario.

Oigo vuestra llamada,
y contemplo el sol que muere
en las rocas, las ondas y la arena,
cuando las voces de la Misión,
fundiéndose con armonía,
siguen la costa y circundan el pagano lugar.

Dentro del círculo de vuestro encanto
no lloven plagas ni el mildiú ataca;
ni la fiera inquietud, ni la avidez,
ni la baja ambición
atravesar consiguen tan aéreos muros.

Llevado en la hinchazón de vuestras ondas dilatadas
que en la distancia se pierden
alcanzo a tocar el remoto pasado;
veo el resplandor moribundo de la hispánica grandeza,
su sueño del ocaso y su final.

.....

¡Oh campanas majestuosas!, cuyos bronces consagrados
nos recuerdan la fe antigua.
¡Oh campanas sonoras!,
que adormecéis con vuestro mágico sonido
el espiritual rebaño».

Un pasaje característico de Renan alcanza a transmitir el mismo sentido del poder de las campanas para tocar el corazón y provocar en la mente pensamientos solemnes; felizmente en ese autor, las convicciones austeras del escéptico en materia de religión se hallaban suavizadas por la delicada percepción del artista literario. Renan protesta contra el árido racionalismo del teólogo alemán Feuerbach y exclama: «¡Quisiera Dios que el señor Feuerbach hubiese sumergido su espíritu en manantiales de vida más ricos que los de su exclusivo y altivo germanismo! ¡Ojalá sentado en medio de las ruinas de los montes Celio y Palatino hubiese escuchado el sonido de las campanas eternas, que resbalaba y moría en las abandonadas colinas donde una vez se había levantado Roma! ¡O desde las costas solitarias del Lido hubiese oído el carillón de san Marcos rodando sobre las quietas ondas de la laguna! ¡Que hubiese contemplado Asís y sus portentos místicos, su doble basílica y la gran leyenda del segundo advenimiento de Cristo de la Edad Media trazada con mano magistral por Cimabue y Giotto! ¡O hubiese saciado la vista en la contemplación de la dulce y soñadora apariencia de las vírgenes de Perugino; o aun hubiese visto en san Domenico de Siena a santa

Catalina en éxtasis! Entonces, el señor Feerbach no habría, sin duda, hecho objeto de acerba crítica a la mitad de la poesía humana ni habría dado tales gritos como si quisiese apartar de sí el espectro del Iscariote».

Tales testimonios acerca del efecto ejercido por las campanas de las iglesias sobre las emociones del que las escucha pertenecen también al folklore relativo al sunto. No podremos jamás comprender las ideas de la gente si no tenemos en cuenta el vivo colorido que les prestan el sentimiento y la emoción; y mucho menos podemos divorciar las ideas y los sentimientos cuando nos movemos en la esfera de lo religioso. No existen barreras infranqueables entre los conceptos de la razón, las sensaciones de los sentidos y los sentimientos del alma; con facilidad se mezclan y funden unos con otros al influjo de la emoción, y pocas cosas son capaces de despertar a ésta con más fuerza que el poder de la música. Apenas se ha intentado aún llevar a cabo el estudio de las bases emocionales del folklore; los estudiosos han concentrado sus esfuerzos casi exclusivamente en los aspectos racional y lógico del mismo, o como dirían algunos, en sus aspectos irracionales e ilógicos. Pero no cabe duda de que han de esperarse grandes descubrimientos de la futura exploración de la influencia que han ejercido las pasiones en la formación de las instituciones y en el destino de la humanidad.

A lo largo de toda la Edad Media y hasta los tiempos modernos también se echaba mano muy a menudo de las campanas de las iglesias para ahuyentar con su sonido a brujas y hechiceros, que se juntaban invisibles en el aire para realizar sus malvadas fechorías en detrimento de hombres y bestias. Había determinados días del año que eran preferidos por esos miserables para llevar a cabo sus silenciosas reuniones o aquelarres, como se los llamaba, y, por consiguiente, se hacía doblar las campanas especialmente en esos días, a veces a lo largo de toda la noche, pues al amparo de la oscuridad brujas y magos solían llevar a cabo la mayor parte de sus maleficios infernales. Por ejemplo, en Francia existía la creencia de que las brujas poblaban el aire especialmente durante la noche de santa Agata, el día 5 de febrero; y por eso, para ahuyentarlas, se hacía doblar las campanas de las parroquias durante esa noche; parece ser que en España reinaba también la misma costumbre, o al menos en algunas partes de ella. Igualmente una de las épocas del año preferida por todo el brujerío era la víspera del día de san Juan, el 24 de junio; y, por consiguiente, en Rotemburgo, ciudad de Suabia, las campanas de la iglesia tocaban durante toda la noche, desde las nueve hasta el romper del alba del día siguiente, mientras las honradas gentes atrancaban bien sus ventanas y tapaban rendijas y grietas, no fuese que las horribles criaturas trataran de colarse de

rondón en las viviendas. También solían escoger brujas y brujos para sus aquelarres la víspera del día de Reyes y la famosa noche de Walpurgis, en la víspera del primero de mayo; y era costumbre esos días, en diversas partes de Europa, ahuyentar la aborrecible aunque también invisible tropa con el ruido infernal hecho con instrumentos diversos, ruido al que contribuían también en buena medida las campanillas de mano y el restallar de los látigos.

Pero aunque brujas y magos escogían determinadas épocas del año con preferencia a otras para celebrar sus impías reuniones, no había noche en la que algún caminante retrasado no los pudiese encontrar entregados a sus quehaceres abominables, ni ninguna en la que no tratasen de penetrar por la fuerza en las casas de las gentes honradas, que se hallaban tranquilas en sus lechos, aunque de ningún modo seguras. Por eso era necesario hacer algo para proteger contra tales amenazas nocturnas a los pacíficos ciudadanos. De modo que los vigilantes o serenos que recorrían durante la noche las desiertas calles en el ejercicio de sus obligaciones de represión del crimen común se encargaban también del deber adicional de alejar a las temidas potencias del aire y de las tinieblas, que rondaban por todas partes como leones hambrientos en busca de cualquier posible presa. Para llevar a cabo sus propósitos, el vigilante nocturno contaba con armas espirituales de dos categorías, pero igualmente eficaces por sus efectos; hacía sonar una campanilla y entonaba una bendición, y si los durmientes de la vecindad despertaban exasperados por el tintineo de la primera, los calmaba y reconfortaba quizá la salmodia de la segunda, y les traía a la memoria, antes de que los volviese a acoger la niebla del sueño, que no se trataba nada más que —usando las palabras de Milton— de

«... el soñoliento conjuro del campanillero
que guarda las puertas contra la asechanza
de brujas malvadas e impío hechicero».

La bendición que rompía de tal manera la quietud de la noche solía ir envuelta en un ropaje poético de tan enorme calidad que los versos de los campanilleros se hicieron proverbiales desde aquellas épocas. Se puede deducir su contexto general de las cuartetas que Herrick, en *El hombre de la campanilla*, pone en boca de uno de aquellos guardianes públicos, cuyas plegarias nocturnas causaron a menudo al poeta, lo mismo que causaron probablemente a Milton, más de una hora de irritado insomnio:

«Del fragor de incendios pavorosos
véaste libre:
de asesinos, Bendícite.
De las desgracias que puedan acechar
vuestro placentero sueño nocturnal
la Merced divina os proteja, y mantenga
alejado de vosotros mientras descansáis
al demonio con toda su hueste infernal.
Pasada ya la una, son casi ya las dos.
Señores míos todos, buen día os dé Dios».

Addison nos cuenta que escuchaba a menudo al hombre de la campanilla cuando comenzaba su homilía de medianoche con la introducción usual, la misma que había venido repitiendo noche tras noche durante todo el invierno, a su mansos oyentes, a lo largo de los últimos veinte años:

«¡Oh, criatura mortal nacida en el pecado!»

Y aunque tan poco amables palabras pudiesen despertar pensamientos piadosos en la imaginación de un Addison, parecerían más bien adecuadas para despertar sentimientos de indignación y cólera en el pecho de gentes más vulgares, que se veían sacadas de su primer sueño únicamente para recordarlas, a una hora muy poco razonable, la doctrina del pecado original.

Ya hemos dicho que, según cuentan los autores medievales, se acostumbraba a tañer las campanas de las iglesias durante las tormentas con el fin de ahuyentar a los espíritus malignos que, según se suponía, eran los causantes de la conmoción. Pues a ese mismo respecto, un antiguo escritor alemán del siglo xvi que bajo el nombre supuesto de Naogeorgus compuso un poema satírico contra las supersticiones y abusos de la Iglesia católica, nos dice que:

«Si acaece que potente se oye el trueno retumbar
y de la tormenta el violento ímpetu se empieza a desatar,
es maravilla ver cómo los malvados se echan a temblar
en castigo de su incrédula impiedad y estéril desconfiar.
En el campanario sin tardanza el estruendo hace doblar
las campanas, con sonos portentosos y solemne voltear
—tal estrépito y fanfarria no se suele acostumbrar—,
hasta que en los cielos solitarios cesa el trueno de bramar.
Pues en esas campanas bautizadas, si lo hemos de creer,
residen tales fuerzas y magnífico poder
que es cosa de un momento las tormentas someter
y de las tempestades el furor desvanecer.

Yo mismo vi una vez, en el pueblo de Numburgo, de Turingia la comarca,

una campana que de su nombre orgullosa se jactaba:

‘El santo nombre de María me dieron cuando fui bautizada, la virtud de mi tañido pone en franca desbandada al trueno restallante, la dañina tormenta y la hueste malvada.’

Cuando tales cosas las campanas son capaces de hacer, no es portento alguno si corren los papistas al oirlas tañer si se anuncia el granizo, viene la tormenta o la tempestad se hace temer,

o rueda el trueno, o cruza el cielo relámpago fiero que amenaza caer».

Durante la Edad Media, se nos dice, en toda Alemania se acostumbraba a tocar las campanas de las iglesias cuando tronaba; y los habitantes de la parroquia pagaban al sacristán unos honorarios especiales en grano por sus esfuerzos al tirar de la cuerda en esas emergencias. En algunos lugares se siguieron pagando esos honorarios hasta fecha tan reciente como la de mediados del siglo XIX. Por ejemplo, en Jubar, comarca del Altmark, cuando había tronada el sacristán estaba obligado a tocar la campana de la iglesia y cada labriego le entregaba cinco «gavillas del trueno» de grano por las molestias que se tomaba para evitar la destrucción de las cosechas. Refiriéndose a la costumbre, tal como se la practicaba en Suabia alrededor de la mitad del siglo XIX, un escritor alemán nos dice que «en la mayor parte de las parroquias católicas, en especial en las montañas de Suabia, se hace sonar las campanas cuando hay tronada a fin de alejar el granizo y evitar los daños que podría causar el rayo. Numerosas iglesias cuentan con campanas especiales para ese fin; por ejemplo, en el monasterio de Weingarten, cercano a Altdorf, hay una campana a la que llaman ‘Bendita campana de sangre’, y que se toca cuando hay tronada. En Wurmlingen se hace sonar la campana de monte Remigio, y si se consigue hacerlo con la debida anticipación ningún rayo llega a caer en parte alguna de la zona. Sin embargo, los pueblos próximos, como, por ejemplo, Jesingen, se sienten a menudo disgustados con el sonar de la campana porque creen que, además de alejar el trueno, aleja también la lluvia». Respecto a la ciudad de Constanza en particular, dice el autor que cuando estallaba una tormenta se ponían a tocar no sólo las campanas de la ciudad, sino también las de los alrededores; y como habían sido bendecidas eran muchos los que creían que su tañido ponía por completo a salvo frente al rayo. E incluso movidos por el celo no eran escasos los que ayudaban al sacristán a tirar de la cuerda, y se colgaban de ella con todo el peso, para hacer que las campanas volteasen fuerte. Y aunque algunos de esos voluntarios,

según se nos dice, fueron fulminados por el rayo en el propio acto de tocar las campanas, no por ello los demás se sintieron desanimados para seguir haciéndolo. En tales ocasiones incluso los niños hacían sonar campanillas hechas de plomo o de otros metales, adornadas con figuras de santos y bendecidas en la iglesia de santa María de Loreto de Steiermerk, o en Einsiedeln. Bajo ciertas tendencias feudales, los vasallos estaban obligados a tocar las campanas de la iglesia en diversas ocasiones, pero en especial cuando había tronada.

Las campanas eran consagradas con toda solemnidad, y las gentes en general suponían que los sacerdotes las bautizaban. No cabe duda de que se les daba nombre, y de que se las lavaba, bendecía y rociaba con óleos santos «para ahuyentar y expulsar los espíritus malignos». A menudo, las inscripciones grabadas en el metal de las campanas se referían a la capacidad que, según se suponía, tenían para dispersar las tormentas de truenos, relámpagos y granizo; algunas de ellas atribuían francamente tales poderes a la campana misma; otras, con mayor modestia, rogaban a Dios protegiere a los fieles de esas calamidades; por ejemplo, en Haslan, una campana llevaba grabadas en latín las siguientes palabras: «Del rayo, del granizo y de la tempestad, ¡libéranos, Señor Jesucristo!» Al referirse a St. Wenefride's Well, del condado de Flint, el viajero y estudioso de la antigüedad Pennant, que vivió en el siglo XVIII, nos informa de que «se bautizó también con su nombre una campana de la iglesia. No pude enterarme de quiénes habían sido los padrinos, que, como de costumbre, debieron de ser gentes ricas. Durante la ceremonia todos agarraron de la cuerda, dieron nombre a la campana y el sacerdote la roció con agua bendita y la bautizó en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; a continuación la cubrió con vestiduras de calidad. Terminada la ceremonia, los padrinos dieron una gran fiesta e hicieron muchos regalos, que recibió el clérigo en representación de la campana. Consagrada de esa manera, se le confirieron grandes poderes; el de calmar las tormentas (cuando se la hacía sonar); de alejar la tronada, y de ahuyentar los espíritus malignos. Esas campanas bendecidas llevaban siempre alguna inscripción». La que figuraba en la campana que nos ocupa, según Pennant, decía lo siguiente:

Sancta Wenefreda, Deo hoc commendare memento.

Ut pietate sua nos servet ab hoste cruento.

Y un poco más abajo figuraban estas palabras:

Protege prece pia quos convoco, Virgo Maria.

Sin embargo, el erudito padre jesuita Martín Del Río, que publicó una obra detallada acerca de la magia a comienzos del siglo xvii, negó con indignación que se tuviese la costumbre de bautizar las campanas, aunque reconocía abiertamente que se les daban nombres de santos, que se las bendecía y que las autoridades eclesiásticas las consagraban. Que el tañido de las campanas de la iglesia imponía salutíferas limitaciones a los espíritus malos, y que desviaba o calmaba las tempestades desencadenadas por esos enemigos del género humano, era, en opinión del erudito jesuita, un hecho experimentado a diario y demasiado evidente para que se lo pudiera negar; pero atribuía resultados tan felices únicamente a la consagración o bendición de las campanas, y de ninguna manera a su forma o a la naturaleza del metal en que habían sido fundidas. Rechazaba como superstición pagana la idea de que el sonido del bronce bastase por sí solo para ahuyentar a los demonios, y consideraba ridícula la suposición de que una campana de iglesia perdiese su virtud milagrosa si la apadrinaba y le daba nombre —no había manera de hacerle decir bautizaba— la concubina del sacerdote. Bacon condescendió a mencionar la creencia de que «el ruidoso voltear de las campanas de una ciudad populosa ha conseguido alejar el trueno y purificar el aire contaminado con la peste»; pero sugirió una explicación física del supuesto efecto con la adición de las palabras siguientes: «Todo eso puede ser debido también a la presión del aire y no al mero sonido del bronce».

Aunque todas las campanas bendecidas poseían sin duda en medida exactamente igual la propiedad maravillosa de poner en fuga brujas y trasgos, y con ello la de evitar los daños que causan el trueno y los rayos, algunas campanas eran más famosas que otras y se las prefería a la hora de poner en práctica sus benéficos poderes. Tales eran, por ejemplo, la campana de san Adelmo, en la abadía de Malmesbury, y la gran campana de la abadía de san Germán, de París, que eran tocadas regularmente para alejar el trueno y las tormentas. En la antigua catedral de san Pablo, de Londres, había una dotación especial destinada a «hacer sonar la campana consagrada durante las grandes tormentas de rayos y truenos». Sin embargo, las hazañas de las campanas europeas a ese respecto han quedado disminuidas por las de las campanas de Caloto, municipio de Colombia, aunque probablemente se debe adscribir la fama mayor de las campanas de Caloto no tanto a cualquier superioridad intrínseca que pudieran poseer, sino más bien a la frecuencia extraordinaria con la que ocurren tronadas en aquella región de los Andes, lo cual permitía a las campanas de la ciudad ocasiones de distinguirse más numerosas que las que eran el lote ordinario de campanas de iglesia cualesquiera. A este respecto voy a citar las

palabras de un eminente estudioso y marino español que viajó por América del Sur durante la primera mitad del siglo XVIII. La jurisdicción de Popayán, nos dice ese autor, se halla sujeta a tempestades de truenos y rayos y a temblores de tierra con mayor frecuencia incluso que la ciudad de Quito. «Mas de todas las zonas de esa jurisdicción se tiene a Caloto por aquella en la que con mayor frecuencia se desatan tempestades de truenos y relámpagos, lo cual ha puesto en boga las campanas de Caloto, que usan no pocas personas, pues están firmemente persuadidas éstas de que las dichas campanas poseen virtudes especiales contra el rayo. Y verdaderamente se cuentan tantas historias a ese respecto que uno no sabe ya qué creer. Sin dar crédito a lo que se dice y tampoco sin rechazarlo de plano, dejando más bien a cada uno en libertad de formarse su propia opinión, me limitaré a mencionar únicamente la que es más aceptada en esta región. La ciudad de Caloto, en cuyo territorio viven numerosos indios de una raza llamada paeze, era antiguamente muy grande, pero los indios la asaltaron por sorpresa, consiguieron entrar en ella, pusieron fuego a las casas y exterminaron a los habitantes; entre los muertos se hallaba el sacerdote de la parroquia, que era objeto preferido del odio de los indios por haber predicado el Evangelio, que contrariaba abiertamente sus costumbres y manera de vivir, pues condenaba como locura y perversidad su idolatría y les reprochaba acerbamente lo que tenía por torpeza extrema de sus vicios. Incluso la campana de la iglesia no escapó al furor de los indios, pues había despertado también su rencor al recordarles con su tañido la obligación en que se hallaban de acudir a recibir las enseñanzas de la religión. Tras muchos e infructuosos esfuerzos para destrozarla pensaron que lo mejor que podían hacer era enterrarla bajo tierra a fin de que la visión de ella nunca más les trajese a la memoria los mandamientos de Dios, que trataban de ponerles trabas a la libertad de que gozaban. Al recibir la noticia de la rebelión, los españoles de los alrededores de Caloto formaron un ejército, y tras haber tomado venganza cumplida de los rebeldes en el curso de una batalla en la que muchos perecieron, reconstruyeron la ciudad, desenterraron la campana y la volvieron a colocar en la torre de la nueva iglesia, y a partir de ese momento los habitantes de Caloto observaron con gran alegría y admiración que cuando se fraguaba en el aire una tempestad el tañido de las campanas la alejaba, y si el cielo no se aclaraba por completo y el tiempo no mejoraba del todo al menos la tempestad se iba a descargar a otra parte. La noticia del milagro se extendió como reguero de pólvora, de modo que comenzaron a llegar peticiones de trocitos de la campana maravillosa para hacerlos servir de badajo de campanillas y poder aprovechar así, a nivel individual, la virtud que aquella poseía, lo cual en una

zona en la que las tempestades solían ser tan frecuentes y terribles era algo que tenía gran valor. Y a eso debe Caloto su reputación en cuanto a las campanas».

El gran hallazgo de que se puede alejar el trueno y apagar el relámpago por el sencillo medio de hacer sonar una campanilla o campana no ha estado confinado a las naciones cristianas de Europa y a sus descendientes del Nuevo Mundo; la han compartido al menos algunos de los pueblos paganos y salvajes de Africa. Se nos da noticia de que «el pueblo bateso utiliza campanillas para alejar el maligno espíritu de las tormentas; la persona que haya sido herida por el rayo o en el incendio que el rayo ha provocado lleva campanillas en torno a los tobillos durante las semanas que siguen al accidente. Cuando amenaza lluvia, y en Uganda la lluvia suele venir acompañada casi siempre por el trueno y los relámpagos, esa persona se pasea durante una hora por el poblado, con las campanillas tintineantes en las piernas y una varilla de papiro en la mano, acompañada de tantos miembros de su familia como se hallen al alcance en esos momentos y no ocupados en quehaceres insoslayables. Todo aquel que haya sido fulminado y muerto instantáneamente por el rayo no es enterrado en la casa, como suele ser costumbre, sino que se le lleva a alguna distancia y se le entierra en las proximidades de una corriente, en algún trozo de bosque. Sobre la tumba se depositan las vasijas y demás utensilios domésticos que poseyese el finado, y a la puerta de la cabaña o choza sobre la que hubiese caído el rayo, ahora como es natural reducida a un montón de ruinas, se deposita un sacrificio de azadas y se deja en ese lugar durante varios días. Es curioso observar la eficacia que se atribuye a las campanas y a las corrientes de agua, como en algunas antiguas supersticiones europeas».

Dado que parece poco probable que los bateso hayan aprendido esas cosas de los misioneros, podemos quizá otorgarles crédito total por la invención de la costumbre de ahuyentar a los espíritus malignos de las tormentas mediante las campanas y por la de apaciguarlos con la ofrenda de cacerolas y azadones depositados tanto en el escenario de la devastación que esos espíritus han provocado como en la tumba de su víctima. Los chinos recurren también a los gongs, que a efectos prácticos pueden ser considerados como campanas, en lo que respecta a la neutralización de los efectos indeseables del trueno; mas las circunstancias que rodean el uso de esos instrumentos son peculiares. Si una persona cae enferma de viruela y las pústulas aparecen en su piel antes de que haya transcurrido el séptimo día y siempre que retumbe el trueno, se encomienda a algún miembro de la familia la tarea de golpear un gong o tambor, al que se tiene a punto para tales emergencias. El

batidor recibe la ayuda de otro miembro de la familia, que le informa de cuando el trueno se ha alejado ya, pues el que hace sonar los instrumentos produce demasiado ruido como para que pueda darse cuenta por sí mismo de si los graves retumbos que llegan a sus oídos son los de los golpes que propina en el parche del tambor o en el metal del instrumento o más bien el fragor del trueno que se aleja. Todo ese golpear de gongs o de bombos tiene por objeto, a lo que parece, evitar que las pústulas de la viruela revienten o se abran; mas las explicaciones que los chinos añaden para poner en claro la relación que existe entre los actos llevados a cabo y los efectos que son esperados de ellos no resultan de ninguna manera satisfactorias. Si juzgamos por analogía con las costumbres corrientes en Europa podremos suponer que, originalmente, se pensaba que era el demonio del trueno el responsable de que las pústulas reventasen, y que se le podía ahuyentar si se golpeaba un gong o se redoblaba un tambor.

Mas aunque los salvajes son perfectamente capaces de descubrir por sí mismos la estratagema de poner en fuga a los espíritus malignos mediante la producción de grandes sonidos ruidosos, existen hechos que demuestran que se hallan también dispuestos a adoptar de los europeos cualesquiera costumbres o prácticas que en su opinión puedan servir para los mismos fines. Dos misioneros, que vivieron con los naturales de Port Moresby, de la Nueva Guinea británica, recogieron un ejemplo de esa adopción de prácticas ajenas. «Una noche, durante una tormenta de truenos —dicen los misioneros—, escuchamos un estruendo formidable en la aldea; los indígenas golpeaban sus tambores y daban grandes gritos con el propósito de alejar a los espíritus de las tormentas. Cuando ya habían cesado tanto el golpear de los tambores como la vociferación, también se había disipado la tormenta, y los habitantes del poblado se hallaban satisfechos. Un sábado por la noche, empleando métodos semejantes, expulsaron a los espíritus causantes de la enfermedad que había ocasionado la muerte de varios de los indígenas. Cuando se empleó por vez primera la campana de la iglesia, los naturales dieron gracias al señor Lawes por haber dispersado, como confesaron, a numerosas bandadas de espíritus venidos del interior. De la misma manera mostraron gran contento al oír ladrar a un hermoso perro que había sido domesticado en la vivienda de la misión (los dingo o perros salvajes de Australia no ladran), pues se sentían seguros de que ahora no les quedaría a los espíritus otro remedio que huir hacia el interior. Por desgracia los espíritus se acostumbraron pronto tanto a los ladridos del perro como al tañido de la campana. De modo que los jóvenes tuvieron que volver a salir por la noche, a menudo ocultándose aterrizados detrás de los árboles y de los matorrales, bien armados de arcos y flechas, para abatir a los perniciosos

espíritus». Así, pues, los salvajes de Port Moresby están de acuerdo por completo con la opinión del erudito comentarista John Tzetztes, según la cual para ahuyentar a los espíritus no hay nada tan eficaz como el estruendo del bronce y el ladrar de un perro.

Algunos de los indios pueblo, de Arizona, expulsan a las brujas por medio del sonido de las campanas; pero probablemente aprendieron a hacerlo de los antiguos misioneros españoles, pues antes de la llegada de los europeos el empleo de los metales, con la excepción del oro y de la plata, y por tanto la fabricación de campanas, era completamente desconocido por los aborígenes de América. Un oficial americano ha descrito una de esas escenas de exorcismo, que tuvo ocasión de presenciar en un poblado de los moqui, colgado, como muchas de las aldeas de los indios pueblo, en el borde de una alta meseta que descuellos sobre las tierras fértiles del valle que hay al pie de ella:

«Los moqui creen implícitamente en las brujas y en el brujerío y para ellos el aire que respiran está plagado de espíritus malignos. Los moqui que viven en Oraybe se libran de las influencias malignas con el canto de himnos y el son de campanillas. Mientras me hallaba en compañía del general Crook en esa ciudad aislada y muy poco conocida, en el otoño de 1874, tuve la buena suerte de presenciar ese extraño modo de encantamiento. Parecía que se había congregado la totalidad de los habitantes del poblado, y tras haber entonado a grandes voces y con tono de desafío un himno o letanía de sonido musical, acentuado por el enérgico tocar de una campana, se pusieron todos en fila y avanzaron con rapidez por la senda que conducía de la cresta del precipicio al huerto de melocotones que había debajo. Los participantes en la ceremonia, en la que desempeñaban el papel más importante numerosas mujeres, daban saltos y cabriolas siguiendo las lindes del huerto, deteniéndose breves momentos en las esquinas, sin dejar de cantar ni un momento en tono elevado y sacando de la campana todo el partido posible. A una señal del líder todos corrieron hacia los árboles, de los cuales, en menos de una hora, fueron arrancados los deliciosos melocotones que con su peso doblaban las ramas, y los niños y las mujeres indias los llevaron al poblado situado arriba». Con toda esa danza en torno al huerto y con la vociferación del canto y el frenético tocar de la campana se pretendía, sin duda, ahuyentar a los espíritus o brujas que, según se suponía, se hallaban encaramados en las ramas de los melocotoneros saciándose hasta el hartazgo con las frutas deliciosas.

Sin embargo, el uso de campanas y gongs con el fin de alejar a los seres malvados ha sido familiar entre pueblos numerosos, que para nada necesitaban haber tomado de las naciones cristianas de Europa ni los instrumentos ni su modo de utilizarlos. En China, «el

instrumento principal para la producción de ruidos con el fin de alejar brujas y demonios es el gong. Ese bien conocido platillo de bronce es en realidad rasgo característico del pueblo chino y se pueden escuchar sus sonos a diario en todo el imperio, en especial durante el verano, cuando aumenta la tasa de mortalidad y, por tanto, aumenta con ella la necesidad de alejar a los espíritus malos. Los útiles efectos de los gongs resultan intensificados por el entrechocar de los címbalos de latón y por el estrépito de los tambores de cuero y madera. Muy a menudo grupos de hombres, e incluso de mujeres, tocan durante horas los gongs, címbalos y tambores. Ninguno de los vecinos protesta; nadie se queja de que le interrumpan el sueño nocturno; por consiguiente, tan extraña música tiene que resultar agradable a los oídos chinos, o bien se la escucha como algo meritorio llevado a cabo gratuitamente por gentes amables preocupadas íntimamente con el bienestar y salud públicos y privados». En el sur de China esas ceremonias solemnes y públicas de exorcismo son llevadas a cabo principalmente durante el verano, cuando con los calores de la estación brota el cólera con fuerza y las creencias populares atribuyen sus estragos a la maligna influencia de los demonios que flotan invisibles en el aire. Las ceremonias tienen por objeto alejar a esos espíritus malévolos de las casas y de los hogares. Un comité se encarga de la organización y se cubren los gastos mediante suscripción; por lo general, los mandarines de la comunidad encabezan la lista de donaciones con sumas bastante abultadas. El acto concreto de expulsión de los demonios es llevado a cabo por procesiones de hombres y muchachos que recorren las calles y baten la zona, en el sentido más literal de la expresión, mientras golpean con hachas y espadas a los invisibles enemigos y los aturden con el clamor de los gongs, el estrépito de las campanas, el estallido de la cohetería y las descargas y detonaciones de las carabinas que portan.

En Annam, el exorcista, en el momento de expulsar de una casa particular a los demonios de la enfermedad, tañe las cuerdas de un laúd y hace tintinear una sarta de campanillas de cobre atadas al dedo gordo de uno de sus pies, mientras sus ayudantes lo acompañan haciendo sonar instrumentos de cuerda y tambores. Mas los oyentes interpretan el sonido de las campanillas como el que procede del cuello de un animal montado por alguna divinidad que acude al galope en socorro del actor principal. También las campanillas desempeñan un papel importante en los ritos religiosos de Birmania. En cada una de las grandes pagodas hay docenas de ellas, y según parece la gente es muy aficionada a la sonoridad y dulzura de su música. En la actualidad se dice que su empleo tiene por objeto no tanto la expulsión de los espíritus malignos, como el anunciar a los

espíritus guardianes que han sido cantadas las alabanzas de Buda; de modo que al concluir sus devociones los fieles dan a conocer que han llevado a cabo sus deberes piadosos con tres toques de campanilla. Sin embargo, estamos autorizados a pensar que tal interpretación es una de esas reflexiones por medio de las cuales una religión avanzada justifica y consagra la conservación de un antiguo rito bárbaro que fue instituido originalmente con fines menos refinados y estéticos. Quizá también en Europa el tañer de las campanas de las iglesias, cuyo sonido se hizo amable por su dulzura intrínseca y las tiernas asociaciones que provocaba en muchos corazones piadosos, era llevado a cabo para ahuyentar de la casa de oración a los demonios, antes de que llegase a ser considerado como un medio sencillo para convocar a los fieles a la oración en el lugar santo.

Sin embargo, entre pueblos más rudos de Asia el uso de campanillas en ritos de exorcismo puro y simple se ha arrastrado hasta nuestros días. En una ceremonia funeral observada durante la noche entre los miquemi, tribu tibetana próxima a la frontera septentrional de Assam, un sacerdote, cubierto fantásticamente con dientes de tigre, plumas multicolores, campanillas y conchas, llevaba a cabo una danza salvaje con el propósito de exorcizar a los espíritus malignos, mientras las campanillas tintineaban y las conchas entrecocaban en torno a su persona. Entre los kiranti, tribu del Himalaya central, que entierran a sus muertos en lo alto de las colinas, «el sacerdote tiene que estar presente durante el entierro, y a medida que avanza junto al cadáver hacia la tumba golpea de vez en cuando con un palito un recipiente de cobre, al mismo tiempo que invoca el alma de la persona fallecida y le desea que vaya en paz y que se reúna felizmente con las otras que la han precedido en el camino al más allá». Ese golpear de un objeto de cobre durante un entierro ha podido tener por objeto, bien el acelerar la partida del espíritu hacia el lugar que le corresponde, bien alejar a los demonios que podrían molestarle en el camino. Pudo haber sido uno u otro de esos motivos el que en la antigüedad, cuando moría un rey de Esparta, hacía que las mujeres saliesen a la calle y las recorriesen dando golpes en una cacerola. Entre las tribus bantúes de los kavirondo, del Africa oriental británica, cuando una mujer se ha separado de su esposo y vuelto con los suyos sigue considerando como una obligación, a pesar de todo, llorar la muerte de él y participar en las ceremonias funerales que sean llevadas a cabo en su poblado. Para ello, «se ata a la cintura, en la espalda, un cencerro del ganado, recoge a sus amigos y todos juntos trotan hacia el poblado del muerto, mientras la campana va sonando de manera muy melancólica durante todo el camino». También en ese caso se

puede pretender con el sonar de dicho cencerro mantener a prudente distancia al espíritu del muerto o, quizá, también llamar su atención sobre el correcto comportamiento de su viuda, que lo llora como es debido. En las comarcas del sureste del Borneo holandés existe entre los dyak la costumbre de hacer sonar gongs noche y día durante todo el tiempo que un cadáver permanece en la casa. La melancólica música comienza tan pronto como el moribundo ha exhalado el último suspiro. Se toca la melodía con cuatro gongs, cada uno afinado en un tono diferente, y se los golpea alternativamente con intervalos regulares de unos dos segundos. Hora tras hora, día tras día, suena la música, y según se dice nada hay tan sobrenatural, ni siquiera el toque de difuntos de la Iglesia católica, que tanto conmueva al oyente como las notas solemnes de esos gongs fúnebres que suenan monótonamente y se van desvaneciendo poco a poco sobre los anchos ríos de Borneo.

Aunque no se nos dice el porqué de que los dyak de esa parte de Borneo batan continuamente los gongs cuando ha muerto alguien, podemos suponer que se tiene la intención de mantener alejados a los espíritus malignos antes que anunciar el fallecimiento a los parientes y amigos distantes; pues si sólo se tuviese la intención de poner en conocimiento de la vecindad el hecho de la muerte, ¿qué motivo habría para seguir tocando los gongs día y noche mientras el cadáver se encuentra en la casa? Por otro lado sabemos que en Borneo el sonido de los instrumentos metálicos es empleado a veces expresamente con el propósito de expulsar a los demonios. Un viajero inglés que recorrió el norte de Borneo cuenta que en una ocasión se alojó en una gran casa de los dusun, en la que habitaban hasta unos cien individuos con sus familias: «Al caer la noche se pusieron a tocar una rara especie de música en unos panderos metálicos. Se percibía claramente en ella un ritmo y melodía misteriosos, y cuando pregunté si aquello era *main-main* (es decir, si estaban haciéndolo por diversión) me respondieron que no, que un hombre se encontraba enfermo y que tenían que tocar toda la noche para mantener alejados a los espíritus malignos». También los dusun del norte de Borneo expulsan solemnemente de sus poblados a los espíritus malignos una vez al año, y durante el acto de expulsión se hacen sonar campanillas y se tocan gongs para apresurar la partida de los demonios. Mientras los hombres golpean gongs y tambores, las mujeres van en procesión de casa en casa, bailando y cantando al rítmico entrechocar de una especie de castañuelas de latón, que llevan en las manos, y al tintineo de campanillas, también de latón, que les cuelgan en manojos de las muñecas. Una vez expulsados de las viviendas los demonios, las mujeres los persiguen aún hasta la orilla del río, en la que hay dispuesta una almadía para transportarlos

más allá de los límites del territorio de la aldea. Figuras de hombres, mujeres, animales y pájaros hechas con las hojas de la palmera sagú adornan la balsa, y para hacerla aún más atractiva se depositan sobre sus troncos ofrendas de alimentos y vestidos y de vasijas de cocina. Una vez a bordo los espirituales pasajeros sueltan las amarras y la barca flota libre a merced de la corriente hasta que dobla el recodo más alejado del río y desaparece en medio de la selva. De modo que se envía a los demonios a un largo viaje del que se espera no vuelvan jamás.

Quando en agosto de 1845 sir Hugh Low visitó una aldea de los dyak de las colinas de Sebongoh se le recibió con mucha pompa por ser el primer europeo que llegaba a aquel lugar. El viajero inglés se unió de buena voluntad a una plegaria dirigida al sol, a la luna y al rajá de Sarawak, en la que se pedía que la cosecha de arroz fuese abundante, que los cerdos fuesen prolíficos y que las mujeres fuesen bendecidas con descendencia numerosa de hijos varones; y fue señalando las peticiones y acentuándolas con el lanzamiento a cortos intervalos hacia el cielo de pequeños puñados de arroz amarillo, posiblemente con la intención de llamar la atención de las tres potestades o divinidades hacia las humildes plegarias de sus adoradores. Tras haberse entregado a tan edificantes devociones en una especie de escenario público situado delante de la casa, sir Hugh regresó a la veranda, donde el jefe del poblado, según las propias palabras del visitante, «ató a mi muñeca una campanilla, al mismo tiempo que me pedía que yo hiciese lo mismo con otra que me había entregado con ese fin y que se la atase a él en torno de la misma articulación de su mano derecha. Tras eso comenzaron a tocar los ruidosos gongs y tan-tanes, colgados de los maderos de un extremo de la veranda, y el jefe ató otra campanilla alrededor de mi muñeca: su ejemplo fue seguido esta vez por todos los ancianos presentes, cada uno de los cuales me dirigió algunas palabras, o más bien las murmuró para sí mismo, palabras de las que no conseguí captar el significado ni adivinar el objeto. Cada uno de los que llegaron entonces traía con él varios bambúes de arroz cocido, y cada uno de ellos, a medida que se presentaba, añadía una más a las campanillas que había ya en mi brazo, de modo que éstas habían comenzado ya a hacerme incómodas, por lo que solicité como favor se me atasen las que quedaban en la muñeca izquierda si con ello no se perturbaba la ceremonia. Y los que vinieron después hicieron lo que les había rogado, y amablemente me ataron las campanillas en el otro brazo». Aunque sir Hugh Low no explica el significado de esa costumbre de cargar de campanillas a un visitante para honrarlo, probablemente porque no lo conocía, podemos suponer que se tenía la amable intención de mantener alejados de él a los espíritus malignos.

El sacerdote patari de Mirzapur y numerosas clases de ascetas de toda la India llevan campanillas y carracas de hierro, que hacen sonar cuando caminan con el propósito de mantener alejados a los demonios. A lo que parece con similares intenciones, una clase especial de sacerdotes del diablo, entre los gonda, llamados ojhyals, llevan siempre campanillas colgadas del cuerpo. Parece probable que sean motivos semejantes los que en todas partes se hallen detrás de la costumbre de ponerse campanillas en los vestidos y en diversas partes del cuerpo, en especial en los tobillos, en las muñecas y en el cuello, ya sea en ocasiones particulares o durante prolongados períodos de tiempo: podemos suponer que originalmente se creía que el tintineo de las campanillas protegía a quienes las llevaban del ataque de demonios o espíritus. Por eso, en las provincias del sur de China es costumbre que los niños pequeños lleven campanillas; también las llevan los niños de las provincias del norte, pero éstos van menos cargados de ellas; y las mujeres napolitanas llevan en los vestidos adornos de plata con campanillas como amuletos que las guardan contra el mal de ojo. Los yezidi, que tienen fe firme en el diablo, llevan a cabo al término de una de sus fiestas de peregrinación una ceremonia de la que podemos suponer pretende mantener alejado del rebaño de los fieles a ese voraz lobo. Se desnuda a un hombre y se le viste con el pellejo de una cabra, y alrededor del cuello se le cuelga una sarta de campanillas. Con esos arcos camina a gatas en torno a los congregados y emite sonidos que pretenden ser el balido de una cabra macho. Se cree que la ceremonia santifica a los reunidos, pero nosotros podemos suponer que esos efectos son alcanzados mediante el acto de rodear a los creyentes con una especie de cerco espiritual que resulta infranqueable para el enemigo de todo el género humano. Probablemente con la misma intención un sacerdote badaga, del sur de la India, se ata campanillas a las piernas antes de atreverse a caminar descalzo sobre las brasas encendidas de un foso de fuego, en el curso de una ceremonia solemne con la que se pretende, a lo que parece, conseguir abundancia en las cosechas.

En Africa, las campanillas son muy utilizadas por los aborígenes para ahuyentar los espíritus malignos, y no hay la menor necesidad de suponer que la costumbre haya sido siempre, o ni siquiera generalmente, tomada de prestado por los habitantes originales del continente a los europeos, puesto que los negros han creído en los espíritus y han conocido los metales y la manera de trabajarlos desde tiempos inmemoriales. Por ejemplo, el pueblo de habla yoruba de la Costa de los Esclavos cree que existen ciertos espíritus malvados llamados *abikus* que rondan por los bosques y los lugares deshabitados, y que llevados por el hambre devoradora que sienten se hallan muy dispuestos a establecer su morada en el interior de los cuerpos

de las personas. Para conseguirlo están atentos al momento en que tiene lugar la concepción de un ser humano y penetran entonces en el embrión situado en el vientre de las mujeres. Esos niños, cuando nacen, enferman y languidecen porque los hambrientos demonios que residen en su interior consumen lo mejor de los alimentos destinados a fortalecer a las criaturas. Para librar al infeliz niño de tan molesto huésped la madre suele ofrecer al demonio un sacrificio de comida, y mientras el espíritu maligno se halla ocupado en devorarlo la solícita mujer se aprovecha de su distracción y ata campanillas y anillos de hierro a los tobillos del niño, y más anillos de hierro a su cuello. Se cree que el entrechocar de los anillos y el tintineo de las campanillas tienen la virtud de mantener alejados a los demonios; de ahí que sea cosa frecuente ver a niños que caminan con los pies cargados de adornos de metal. Entre los baganda y los banyoro del centro de Africa se solía atar a los pies de los niños que comenzaban a andar pequeñas campanillas; y se explicaba esta costumbre diciendo que ellas ayudaban al niño a caminar o que le fortalecían las tiernas piernecitas; mas tal vez se tenía originalmente la intención de proteger al pequeño durante esos meses críticos frente a las asechanzas de los espíritus malos. Posiblemente con la misma intención, entre los baganda, los padres de niños gemelos solían llevar campanillas en los tobillos durante las largas y complicadas ceremonias que las creencias supersticiosas de su pueblo imponían en tales casos a marido y mujer; y continuamente, tanto durante el día como durante la noche, se tocaban tambores especiales, uno por el padre y el otro por la madre.

Entre los bogo del norte de Abisinia, cuando una mujer ha dado a luz recientemente sus amigas encienden una hoguera a la entrada de la casa y la madre con el niño camina en torno a ella, lentamente, al mismo tiempo que se hace mucho ruido con campanillas y hojas de palmera con el fin, según se dice, de ahuyentar los espíritus malignos. Se dice también que los gonda de India «siempre golpean un disco de latón cuando nace un niño, de modo que el sonido le pueda penetrar en los oídos y haga salir así cualquier obstrucción que pudiera impedirle la audición». El motivo asignado en este caso a la costumbre no es probablemente el original; más plausible resulta que en principio se pretendiese con el sonido del disco de latón proteger a la madre y al niño recién nacido contra los asaltos de los demonios, lo mismo que sucedía en el caso de las campanillas tocadas en similares circunstancias entre los bogo. Así, en las leyendas griegas se dice que los curetes bailaron alrededor de Zeus niño al mismo tiempo que golpeaban los escudos con las lanzas para cubrir los lloriqueos del recién nacido, no fuese que sus llantos atrajesen la atención de Cronos, su desnaturalizado padre, que tenía

la costumbre de devorar a su descendencia tan pronto como salía del vientre de la madre. Podemos suponer que en esa leyenda griega se recoge el recuerdo de una antigua costumbre observada con el propósito de proteger a los niños pequeños frente a las numerosas causas de mortalidad infantil que los hombres primitivos podían atribuir a la acción de espíritus peligrosos y malévolos. Para ser más explícitos podemos suponer que en tiempos antiguos, cuando nacía un niño entre los griegos, el padre y sus amigos tenían la costumbre de armarse con lanza o espada y con el escudo y llevar a cabo una danza guerrera en torno a la criatura al mismo tiempo que golpeaban los escudos con las armas, en parte para ahogar con el ruido el llanto del recién nacido, a fin de evitar que sus gritos atrajesen a los espíritus que rondaban al acecho en el aire, y en parte también para ahuyentar con el estrépito a los demonios; mientras que para completar la derrota de los invisibles enemigos blandían las armas y hendían y perforaban vigorosamente con ellas el vacío aire. Al menos la conjetura viene apoyada por los siguientes ejemplos.

Un sacerdote español que escribía hacia comienzos del siglo XVIII ha descrito como sigue las prácticas observadas por los tagalos de las islas Filipinas cuando nacía alguna criatura. «El *patianak*, que algunos llaman trasgo o duende (si no se trata de una ficción, sueño o de los efectos de la simple imaginación), es el genio o demonio que acostumbra a molestarlos... A él atribuyen los efectos de un mal parto, y dicen que para hacerles daño, o para conseguir que extravíen el camino, ese ser misterioso se sube a un árbol o se esconde en algún lugar próximo a la casa en la que vive la mujer que está a punto de dar a luz, y desde allí canta a la manera de los que van de camino, etc. Para neutralizar los actos malvados del *patianak*, los naturales se desnudan y se arman de coraza, bolo, lanza y demás armas y de esa guisa se sitúan en el caballete del tejado, y también bajo la casa, lugares en los que dan cuchilladas y tajos al aire con el bolo y hacen numerosos gestos y movimientos encaminados al mismo fin». Según otra versión de la noticia, el marido y sus amigos se arman de espada, escudo y lanza y equipados de esa manera cortan y atraviesan furiosamente el aire, tanto encima del tejado de la casa como debajo de ella (pues las casas se levantan del suelo sobre estacas), con el propósito de aterrorizar y ahuyentar a los peligrosos espíritus que podrían causar daños a madre e hijo. Esos hombres armados que alejan de la criatura recién nacida al demonio con los tajos y lanzadas que dan al aire parecen ser la contrapartida salvaje de los antiguos curetes griegos.

Las creencias similares relativas al peligro que amenaza a los niños recién nacidos proveniente de enemigos espirituales han

llevado a los salvajes kachin, de Birmania, a la adopción de precauciones muy parecidas con el fin de guardar a la madre y a su retoño. «En el momento de dar a luz la mujer, la comadrona dice: 'El niño se llamará esto o lo otro.' Si la buena mujer dejara de hacerlo, algún *nat* o espíritu maligno que se hallase por las intermediaciones podría ser el primero en dar nombre a la criatura y con ello la haría languidecer y morir. Si tanto la madre como el hijo se encuentran bien, todo el mundo come y bebe alegremente y se bromea con el afortunado padre. Mas si el parto resulta demasiado laborioso resulta evidente entonces que los *nats* están interviniendo en él, por lo que se piden los servicios de un *tumsa* o vidente. Este hombre se dirige a otra casa del poblado y en ella consulta los bambúes (*chippawt*) para tratar de descubrir por medio de ellos si es el *nat* de la casa el que está interfiriendo, o si en cambio es un *nat* de la jungla el que ha venido y expulsado al *nat* guardián. A esos *nats* de la jungla se les llama *sawn*, y son los espíritus de los que han muerto al nacer o de muerte violenta. Como es natural están ansiosos de compañía, de modo que penetran en las casas para tratar de apoderarse de la parturienta y del recién nacido. Si el bambú interrogado declara que el que está enfadado es el *nat* de la casa se trata de aplacarlo con la ofrenda de licores o mediante un sacrificio por la vía ordinaria. Mas si se comprueba que es un *sawn* el que ha tomado posesión del terreno se hace precisa la acción inmediata. Alrededor de la casa se disparan escopetas, así como a lo largo de los caminos que conducen a la aldea; debajo de la casa se disparan flechas, se blanden *dbas*, que son como espadas o cuchillos largos, sobre el cuerpo de la mujer, y por último se apilan trozos de viejos trapos, chiles y demás materiales susceptibles de producir un olor lo bastante desagradable bajo las levantadas tablas del piso y se les prende fuego y con ello se asusta y ahuyenta incluso a los más atrevidos y pertinaces espíritus». Respecto a esto mismo, un misionero católico nos informa de que entre los kachin, cuando está teniendo lugar un parto difícil, «es costumbre acusar a los espíritus de las mujeres que murieron al dar a luz de intentar causar la muerte de la madre y por ello se monta toda una cacería de ellos. Los nativos revuelven hasta los más escondidos rincones de la casa, blandiendo lanzas y cuchillos, haciendo toda clase de ruidos, tanto más eficaces cuanto mayor es su sonoridad; incluso llegan a despojarse de las ropas junto a la paciente con el fin de horrorizar a los espíritus malignos. En la casa y fuera de ella se queman hojas putrefactas junto con arroz, pimienta y todo lo capaz de producir un humo apestoso; y sin cesar lanzan gritos, disparan carabinas, lanzan flechas, dan golpes y tajos con los cuchillos y espadas y penetran en la selva por el camino principal, sin abandonar toda esa

conmoción, hasta que llegan al torrente más cercano, en el que, según piensan, consiguen definitivamente ahuyentar al *sawm*»

Cuando una mujer calmuca se halla con los dolores del parto su marido extiende una red en torno de la cabaña y corre de un lado a otro blandiendo una estaca y gritando: «¡Vete, demonio!», hasta que ha nacido el niño; hace todo eso con el fin de mantener a raya al espíritu maligno. Entre los nogais, tribu de tártaros, «cuando nace un muchacho todo el mundo acude a la puerta de la casa armado de cacerolas y levanta un gran estrépito con el fin, según dicen, de ahuyentar al diablo e impedirle que ejerza sus maléficos poderes sobre el espíritu de la criatura». En Boni o Bone, principado de las Célebes del sur, cuando una mujer se halla con los dolores del parto los hombres «a veces lanzan gritos o disparan una escopeta con el fin de ahuyentar de esa manera a los demonios o espíritus malos que están retrasando el nacimiento». Y cuando nace un príncipe, tan pronto como se le ha cortado a la criatura el cordón umbilical y se le ha separado de la placenta, se golpean y hacen sonar todos los instrumentos de metal empleados en la expulsión de los demonios «a fin de ahuyentar a los espíritus malignos». Con el mismo propósito se tocan tambores en las islas Aru, que se hallan al suroeste de Nueva Guinea, cuando un parto se retrasa demasiado. Según los naturales de las proximidades del golfo Burton, en el lago Tanganika, el espíritu de un cierto río que desemboca en él es muy poco amigo de las mujeres preñadas, a las que impide dar a luz. Cuando una mujer se cree objeto de sus maquinaciones ordena que se ofrezcan determinados sacrificios y que se lleven a cabo algunas ceremonias determinadas. Se reúnen todos los habitantes del poblado y golpean tambores en las proximidades de la choza o cabaña en que se halla confinada la paciente, y gritan y danzan «para ahuyentar a los malos espíritus». Entre los cingaleses de Ceilán cuando ha tenido lugar un nacimiento, «los gritos de la criatura son ahogados por los de la comadrona para que los espíritus de la selva no perciban la llegada a este mundo del niño y no le causen daño». De la misma manera, los antiguos romanos creían que las mujeres que habían dado a luz recientemente eran mucho más susceptibles de ser atacadas por el dios de los bosques, Silvano, que se introducía por la noche en las casas con el fin de vejar y de molestar a las puérperas. Por eso durante la noche tres hombres solían acercarse a los umbrales de la casa armados respectivamente con un hacha, un mango de mortero y una escoba; se detenían en cada una de las entradas, y mientras los dos primeros hombres golpeaban el umbral con el hacha y el mango, el tercero lo barría con la escoba. De esa manera creían proteger a la madre frente a los ataques de la divinidad de los bosques.

De manera semejante podemos suponer que en la antigua Grecia era costumbre, al principio, que hombres armados protegieran a las mujeres que iban a dar a luz y que las defendiesen contra sus enemigos espirituales con las danzas que ejecutaban en torno a ellas y con los golpes que daban en los escudos con las lanzas y espadas; e incluso cuando ya la antigua costumbre había caído en desuso entre los hombres desde hacía ya mucho tiempo, la leyenda podría narrar todavía cómo habían celebrado el rito los curetes en torno a la cuna de Zeus niño.

Pero dejando atrás esta digresión hemos de volver a ocuparnos del empleo de campanillas cuando se trataba de rechazar los asaltos de espíritus y demonios. Entre los sunar, que son los que se dedican al trabajo del oro y de la plata en las provincias del centro de la India, es decir, los orífices y plateros, los niños y las jóvenes llevan brazaletes huecos en los tobillos, y en el interior de esos brazaletes hay campanillas que suenan con los movimientos de las personas que los llevan; mas cuando una mujer casada ha tenido ya varios hijos se desprende del brazalete hueco y lo sustituye por uno macizo. «En la actualidad se dice que si las jóvenes llevan en los tobillos brazaletes huecos con campanillas en su interior es para que se conozcan en todo momento las andanzas de la dueña y evitar que le asalte la tentación de hacer cosas prohibidas en los rincones oscuros. Pero la razón verdadera ha sido probablemente que esos objetos servían para ahuyentar los espíritus». Entre los nandi del Africa oriental británica, cuando una joven alcanza la edad en que ha de ser circuncidada recibe de sus enamorados y admiradores, en préstamo, campanillas de regular tamaño, que llevan usualmente ellos mismos en las piernas, pero que en esa solemne ocasión transfieren temporalmente a la damisela. Una joven popular entre sus conocidos recibe a veces diez, e incluso veinte, campanillas, y las lleva todas encima cuando se la somete a la dolorosa operación. Tan pronto como ésta ha sido llevada a cabo la joven se pone de pie y agita las campanillas sobre la cabeza, y a continuación se dirige al encuentro de su novio y le devuelve las campanillas que él le ha prestado. Si supiésemos por qué llevan regularmente los guerreros nandi campanillas en las piernas sabríamos también, probablemente, por qué las jóvenes llevan las mismas campanillas en la ceremonia de la circuncisión. A falta de información al respecto podemos suponer que se tiene a las campanillas por amuletos que protegen a los dos sexos frente a los peligros sobrenaturales a que cada uno de ellos se halla expuesto permanente o temporalmente en virtud de sus funciones especiales.

En la región del Congo, los naturales temen que los demonios les penetren en el cuerpo por la boca mientras beben; por eso en tales ocasiones recurren a diversos artificios para mantener alejados

a esos seres peligrosos, y uno de esos artificios consiste en tocar una campanilla antes de cada trago de agua. Se ha visto en una ocasión a un jefe que se tomó de esa manera diez tarros de cerveza y que tocaba la campanilla mágica cada vez que se llevaba a los labios el bocal, al mismo tiempo que, a manera de precaución adicional, un muchacho enarbolaba la lanza del jefe delante de aquel dignatario para impedir que los demonios se le introdujeran en el vientre junto con la cerveza. En esa región también las gentes suelen llevar como amuletos campanillas que han sido encantadas por el hechicero, y esos amuletos tienen la virtud de proteger a su dueño contra la fiebre, los proyectiles y la langosta y de volverlo invisible. Entre los bakerewe que habitan en Ukerewe, la isla más grande del lago Victoria, se acostumbra a colocar una campanilla inmediatamente encima de la puerta de las casas y todas las personas que entran en la vivienda ponen cuidado en hacerla sonar golpeándola con la cabeza, no para anunciar su llegada como sucede en Europa, sino para mantener alejados a los espíritus malignos y para deshacer los encantamientos de los brujos. En el oeste de Africa, el sonido de las campanillas sirve para completar el estruendo general que acompaña a la expulsión periódica de trasgos de las moradas de los hombres.

Pero en Africa el llevar campanillas es cosa característica en especial de los sacerdotes, de los adivinadores y de los hechiceros cuando llevan a cabo sus solemnes ceremonias, ya sea con el fin de expulsar a los demonios, de curar las enfermedades o de revelar la divina voluntad a los mortales. Por ejemplo, entre los akamba del Africa oriental británica, los magos llevan campanillas o cencerros de hierro atados a una correa de cuero y los hacen sonar cuando están prediciendo el porvenir; se supone que el tintineo de la campanilla atrae la atención de los espíritus. Uno de esos hechiceros dijo a C. W. Hobley que había soñado que Dios le encargaba que llevase puesta aquella campanilla, de modo que él hizo un viaje especial al territorio de los kikuyu para conseguirla y al regreso ofreció un convite de cerveza y sacrificó un buey para ganarse la voluntad de los espíritus. Entre los galla del Africa oriental la casta de los sacerdotes (*lubas*) es diferente de la casta de los exorcistas (*kalijos*), mas tanto los unos como los otros llevan campanillas cuando celebran los ritos que les son propios; y el exorcista va armado además de un látigo, con el que no vacila en golpear vigorosamente a su paciente con el fin de expulsar al demonio, que según se supone se ha apoderado de la persona enferma. También entre los fan del Gabón un hechicero ocupado en detectar un brujo lleva atadas a las muñecas y a los tobillos numerosas campanillas, y afirma que el sonido de ellas le sirve de guía para encontrar al culpable en medio de la multitud de ansiosos y excitados mirones.

Los ho de Togo, en el oeste de Africa, creen en la existencia de una especie de demonio que trabaja como un esclavo o espíritu sin experiencia, que hace multiplicarse milagrosamente las conchas que sirven de dinero en el lugar en que un hombre las guarda y también las cosechas en sus campos. El nombre del ser tan servicial es Sowlui, y es cosa curiosa que los ho den precisamente el mismo nombre al sonido de las campanillas que los sacerdotes de esa tribu, como los sacerdotes hebreos de la antigüedad, se sujetan a la orla de las vestiduras. Entre los banyoro del centro de Africa, el dios del lago Alberto se ponía en comunicación con los mortales a través de una profetisa que llevaba una orla de conchas y de campanillas de hierro en sus vestidos de cuero, y cuando caminaba la orla se movía igual que las ondas de un lago. En la misma tribu el dios de la abundancia, llamado Wamala, que aumentaba la descendencia humana lo mismo que la del ganado y las cosechas, era representado por un adivinador, que pronunciaba oráculos en nombre de la divinidad. Cuando se hallaba dominado por el trance profético se colocaba campanillas en los tobillos y dos pellejos blancos de becerro alrededor de la cintura, con una hilera de campanillas de hierro colgándole del borde inferior de las pieles.

Estos ejemplos pueden ser suficientes para demostrar cuan extendido ha estado el uso de las campanillas en los ritos mágicos o religiosos y cuan general ha sido la creencia de que su tintineo tenía la virtud de ahuyentar a los poderes malignos. De algunos de los ejemplos que he citado se desprende que, a veces, se supone que el sonido de las campanillas no sirve para alejar a los demonios tanto como para llamar la atención de espíritus benévolos o guardianes, mas en conjunto la virtud de atracción de esos instrumentos musicales en el ritual primitivo es bastante menos pronunciada que la repulsiva. El empleo de campanillas con fines de atracción más que de repulsión puede corresponder a aquel estado más adelantado de la conciencia religiosa en el que el temor al diablo es superado por la confianza en Dios, o cuando el deseo de los corazones piadosos no es tanto huir del demonio como acercarse a la divinidad. De una manera o de otra las costumbres y creencias recogidas en este capítulo pueden servir para ilustrar, y quizá para explicar, la costumbre judía con que lo hemos comenzado, ya fuera que se creyese que el sacerdote repelía a los demonios cuando atravesaba el umbral del templo llevando sus vestiduras de color violeta, o que llamaba la atención de la divinidad por medio del tintineo de las campanillas de oro.